

Sobreexposición.

El “yoismo” como parte de una gestión tiende a cansar. Negar las bondades del otro, al final, termina pasando la cuenta. ¿Cuántas son las autoridades que procuran mantenerse en “las míseras cuotas de poder” a través del ensalzamiento de sus actos o vistiéndose con ropa ajena? Lo vemos día a día en todos los sectores, con un apetito antropofágico de manera tal que se logra rodear de serviles que nunca le reprocharán, otros callarán para no desgastar y un gran segmento se mantendrá distante.

La cultura de que “lo único que importa es lo que yo hago” y de “tener todo cocinado” trasciende desde la más minúscula base u organización social hasta el presidente de cualquier país. Lamentablemente en esa carrera desbocada dejan muchísimos heridos y aunque no les importe causarles daño, el malestar se instala y corroe, primero con una simple muesca del rostro, luego de un comentario mordaz, más tarde será el comidillo, el grito y la refriega y al final el gestor autoritario y dominante terminará quedando solo.

Nadie puede pretender conseguir objetivos sobre la base de su única y propia acción. Siempre debe tener una base de apoyo, pero no para complacer sus absurdas decisiones adoptadas en el descanso de la almohada nocturna. Todos pueden dar su parecer y mejorar proyectos e incluso manifestar sus críticas. No hay nada peor que “creerse el cuento”, del “yo el único”, del “sin mí nada se hace”. Con hablar fuerte y golpeado creen que pueden imponerse, pero terminan dando pena. Cuando el personalismo se instala, quien ejerce el poder se deslumbra porque nunca lo tuvo antes y ahora se endiosa. Cree que es la luz de la lámpara que debe irradiar como un faro con su rayo a todos y que les cabe solo someterse. Esa es la base de las tiranías.

Cuando falle o se equivoque le echará la culpa a los demás, pues en su afán de figuración cree dominar todos los escenarios y si tiene una buena asesoría de imagen podrá resistir, pero no podrá evitar quedar como la niña ridícula, como el obsesivo, como el latero o el tirano. Es como el cuento del “Traje del Emperador”, tan elevado están en su ego y la adulación que no logran ver su vergonzosa desnudez que pasa a ser patética. Mientras tanto dañan al grupo, a una región o a un país.